

LA OBRA MAESTRA

OBERTURA

José Carlos M. Valero



Atlantis Ediciones
Narrative Books

El pecado original

20 de diciembre de 2018. Valencia.

Arturo Aguilar se rellenó la copa, una vez más. Ya no creía en nada ni en nadie. El desengaño se había instaurado en su interior. Era su prisionero, y como tal, luchaba por escapar de sus garras. Arturo quería creer. Quería visualizar un futuro en el que poder echar anclas. Deseaba con todas fuerzas aprender a amar bien; pero la fe era inestable. No dudaba de su existencia —al fin y al cabo, se trataba de un estado del alma y del subconsciente— pero se sentía incapaz de abrazarla.

El detective agarró la copa y le dio un trago. Eran las cinco de la tarde, pero no le importaba. Siempre era buena hora para el vino. Además, las vistas eran inmejorables. Ante él se mostraba la Plaza de la Reina de Valencia, una de las más importantes de la ciudad, y en la cual se ubicaba la barroca *Puerta de los Hierros* que daba acceso a la Catedral de la Asunción.

Valencia le encantaba, incluso en pleno invierno. No era natural de allí, pero había veraneado en su costa durante muchos años. Semanas atrás, cuando todo estalló por los aires, sintió la necesidad de desaparecer, de alejarse de Madrid e intentar disfrutar de unas vacaciones en la ciudad que lo vio crecer. Quizás acudió allí en busca de algo de esperanza. Su mujer lo había abandonado a su suerte, lo había dejado solo, a merced de la vergüenza, con la opresión de la culpa...

—¿Desea algo más, caballero? —inquirió uno de los camareros.

—La cuenta, por favor.

Pensar en aquello lo amargaba aún más. Ya ni las vistas ni el sabor del vino le satisfacían.

Pagó y se marchó, calle San Vicente abajo, en dirección a su hotel. Después de dejar atrás la plaza del Ayuntamiento, llegó hasta un paso de cebra, pero el semáforo estaba en rojo. Se quitó las gafas de sol y esperó durante unos segundos que se le hicieron interminables. «¡A la mierda el semáforo!», pensó, antes de cruzar hasta la siguiente acera. Solo le apetecía cerrar los ojos y dejar la mente en blanco, al menos durante unas horas. Solo le apetecía descansar.

De repente, una sombra se abalanzó sobre él, arrebatándole las gafas de las manos. Al principio no supo reaccionar. La gente lo miraba con preocupación; alguna persona incluso se acercó a él, pero Arturo solo tenía ojos para aquel ladrón con pasamontañas que corría en dirección a la calle de las Barcas, perdiéndose entre la multitud.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Joder! ¿Estáis sordos o qué? ¡Que alguien lo coja, coño! —espetó.

Arturo corrió tras él, llevándose por delante a todo aquel que se interpuso en su camino. Daba igual que fueran críos o ancianos. Tenía que recuperar sus gafas de sol. ¡Ser víctima de un robo era el colmo de un expolicía! Alcanzó la calle Don Juan de Austria, y justo cuando avistó a lo lejos a ese indeseable, una llamada entrante en su teléfono móvil acaparó su atención.

¡Maldición! El ladrón se había esfumado y el teléfono no paraba de sonar, al ritmo de los latidos de su corazón descontrolado. Era un número oculto. ¡Alguna compañía telefónica, seguro! Quiso desatar su ira, así que se detuvo frente al Bulevar Austria y aceptó la llamada:

—¿Quién coño eres?

No recibió respuesta. Arturo resopló, enojado.

—¿Hay alguien ahí? Alguna estúpida con ganas de tocarme los cojones, ¿no?

—Vaya, parece que la cortesía no es tu fuerte.

Silencio. Arturo se quedó petrificado. Al otro lado de la línea no había una teleoperadora, sino una voz gutural y siniestra disfrazada por un distorsionador, que consiguió helarle la sangre.

—Voy a colgar —manifestó, al fin.

—No lo creo. Antes has de escucharme, Arturo.

—¿Me conoces? —inquirió, totalmente desconcertado. El teléfono se le resbalaba a causa del sudor que impregnaba sus manos.

—Yo soy tu voz, tus ojos, tus oídos... Tú, sin embargo, eres mi mente y mi cuerpo. Te necesito.

—Se acabó. No estoy dispuesto a aguantar...

El individuo se rio a carcajadas: era una risa desquiciada y ajada por la crueldad.

—Arturo, Arturo, Arturito... Si haces eso te aseguro que todos moriréis. Sería una lástima perderte por este terrible malentendido. Tengo grandes planes para ti.

—Pero, ¿quién coño eres? ¿Qué quieres de mí?

—Lo quiero todo.

—Lunático.

—Puede. Puede que sea un lunático al que le apetezca jugar. Dime, Arturo. ¿Estarías dispuesto a jugar una partida de ajedrez conmigo? Tú serías mi peón y yo el caballo que te guardaría las espaldas. ¿Qué te parece?

Arturo no respondió. Era hora de pedir ayuda. Miró a su alrededor: la calle Colón estaba a rebosar de compradores compulsivos que iban de tienda en tienda, de Corte Inglés en Corte Inglés, en busca de algo en particular o de nada en especial; de hecho, muchos acababan en el Bulevar Austria, tras una búsqueda infructuosa. Por eso los sábados, el centro de Valencia era terriblemente agobiante.

—No me hace gracia que mires de un lado a otro. Me da la sensación de que estás a punto de pedir auxilio.

—¿Cómo sabes...?

—Yo lo sé todo, Arturo. No me hagas enfadar, no te conviene. Quiero que trabajes para mí. Hicimos un trato.

—¿Qué trato? ¡Por Dios, déjame en paz! ¡Pienso gritar y ten por seguro que alguien vendrá a socorrerme!

Aguilar escuchó una risa desencajada, llena de diversión. No pudo evitar palidecer, aterrorizado.

—Nadie podrá hacerlo. Me temo que tu destino ya está escrito.

Más silencio. Esto no podía estar ocurriéndole. Seguro que era una pesadilla. Una terrible pesadilla. Se limitó a mantenerse callado. En su interior estaba convencido de que despertaría de un momento a otro. Sí, completamente seguro.

—Parece que has recapitado... Así me gusta. Tengo una misión para ti. No va a ser nada fácil, pero... ¡Arturo! ¡Quieto o te arrepentirás! ¡Arturo!

Arturo colgó. Estaba soñando, así que podía hacer lo que le vi-

niese en gana, y en ese preciso instante, lo único que quería era marcharse de allí. Miró a su alrededor, con la inseguridad manando de sus ojos. Quizás se había equivocado al colgar. Quizás aquel lunático estaba riéndose de él mientras se disponía a apretar el detonador de una bomba. O quizás de un momento a otro, Arturo acabaría despertándose en su cama por culpa de los rayos del sol. Quizás esa mañana sería una más, una de esas tan aburridas y vacías después de...

Una bala atravesó uno de los cristales del Banco de Valencia y se dirigió velozmente hacia la calle Don Juan de Austria.

En cuestión de segundos, todos los ventanales explotaron en miles de pedazos y un centenar de proyectiles impactaron sobre la multitud que había acudido aquella tarde inocentemente a hacer las compras de Navidad.

Todo el gentío comenzó a correr, despavorido. Muchos cayeron al suelo y fueron aplastados, bien por los pies de aquellos que corrían para salvarse, bien por los cuerpos que caían aturdidos por las mortales balas.

La discordia, el sinsentido y la desesperación de la gente empujaron a Arturo contra las puertas del centro comercial. Agazapado y con los brazos sobre la cabeza, observó, impotente, como el suelo se teñía de sangre y la cúspide celeste se ahogaba en los llantos y gritos de las víctimas.

Fue en ese mismo instante de aturdimiento, congoja y terror, cuando la misma personificación del mal se reveló ante él. Un hombre con el rostro oculto tras la máscara de un chacal negro salió de las dependencias del Banco. Arturo observó de arriba abajo su fornido cuerpo, de ciento ochenta centímetros de estatura. Llevaba puesto un traje color azabache digno de un novio multimillonario a punto de dar el 'sí quiero' en el altar. Un chaleco grisáceo con estampados discretos le aprisionaba el torso. Lucía una corbata de cachemir, en tonos rojizos y morados, y las mangas de su camisa amarfilada estaban abrochadas por unos gemelos de oro con forma de cruz ansada. Sus manos, cubiertas por unos guantes completamente pulcros, sin ninguna mancha que corrompiese su blanco virginal, sostenían un bastón coronado por la calavera de un chacal con las fauces abiertas.

El enmascarado lo avistó en cuestión de segundos. Caminó hasta él, de forma parsimoniosa y con la mirada al frente, sorteando los cadáveres de sus víctimas con una elegancia prodigiosa. La capa negra que caía sobre sus hombros se mecía al compás de sus firmes pisadas,

que no eludían los charcos de sangre que regaban el suelo. Parecía no importarle mancharse sus mocasines *horsebit* en funchal negro con hebillas de oro. Se detuvo ante él y soltó una vaporosa carcajada mientras se acariciaba el broche de la capa: un alfiler áureo con forma de A cuyo perfil presentaba el aspecto de un *Udyat*, el ojo de Horus, el ojo que todo lo ve, símbolo solar del Antiguo Egipto en el que se encarnaban el orden y la estabilidad del cosmos.

Arturo se mantuvo inmóvil, intentando vislumbrar algún detalle del rostro que se ocultaba tras aquella máscara animal atestada de dibujos dorados, de los que desconocía su significado. Mientras tanto, el individuo no se anduvo con rodeos y le ofreció su cayado para levantarlo del suelo.

—Es una lástima que hayamos tenido que llegar a esto. Una verdadera lástima —dijo, gesticulando de forma teatral, ansioso por empezar el cara a cara con el expolicía.

Arturo, sin embargo, no emitió una respuesta. Algo más captó su atención. Justo detrás del enmascarado había aparecido una mujer pelirroja de un atractivo espectacular. Tenía el rostro magullado —posiblemente debido a los cristales que habían salido despedidos a causa del tiroteo— y su mirada mostraba una gran determinación. Sujetaba con fuerza un trozo de cristal puntiagudo y afilado, y tenía sus ojos clavados en el hombre de la máscara.

Aguilar recuperó la esperanza durante un instante; pero ese sentimiento se vio truncado cuando, al fijarse en el rostro de la mujer, la reconoció.

—No puede ser —susurró, incrédulo.

El enmascarado se encontraba absorto en su discurso sobre un plan maestro, e ignoraba por completo lo que estaba aconteciendo. Sin embargo, y para desgracia del expolicía, se percató de que algo no iba bien y se giró justo en el momento en el que la mujer pelirroja se abalanzaba sobre su espalda.

Todo sucedió muy rápido. El individuo cayó al suelo debido al embiste y entonces, reaccionó devolviéndole el golpe. Ambos se enzarzaron en una lucha por la supervivencia, cual furibundos gladiadores. El cristal resplandeció a la luz del atardecer y de repente, el hombre de la máscara agarró a la mujer del cuello. Fue tal su empeño, que incluso entre todo el caos, Arturo pudo percibir las gruesas venas del individuo retorcerse alrededor de su brazo, que había quedado al descubierto a causa de la feroz batalla que estaba librando con aquella valquiria pelirroja.

Con una fuerza casi sobrenatural, la mujer consiguió hacer retroceder a su enemigo hasta estamparlo contra el escaparate del centro comercial.

Arturo reaccionó en ese mismo instante. Se incorporó, cogió otro trozo de cristal del suelo, evitando fijarse en los cuerpos ensangrentados que yacían esparcidos por toda la calle, y se dirigió hacia la escena de la pelea, dispuesto a detener a aquel lunático.

Entonces, sonó un disparo y se detuvo a dos metros del escaparate. Acto seguido, la mujer y su contrincante cayeron al suelo, cubiertos de sangre.

Arturo sonrió: ese cabrón había cavado su propia tumba al intentar enfrentarse con Lucía. Se agachó, dispuesto a ayudarla, cuando de repente, su sonrisa se convirtió en una mueca y un escalofrío le recorrió toda la espina dorsal: el enmascarado se incorporó, como si nada, sacudiéndose el polvo e intentando limpiarse con sus guantes blancos, ahora salpicados de sangre, las manchas escarlatas que mancillaban su camisa. A sus pies, la mujer pelirroja yacía muerta.

—¡No! ¡Lucía! ¡Lucía! —gritó Aguilar, roto de dolor.

Intentó acariciarla una última vez, pero no le dio tiempo: el individuo ya lo apuntaba ferozmente con su cayado. Para su sorpresa, las fauces del chacal mostraban la punta de una discreta arma de fuego. Una trampa mortal para el ingenuo que hubiese pensado en un primer momento que aquello era un bastón inofensivo.

Arturo tragó saliva y miró al homicida directamente a los ojos. Este se limitó a emitir una fuerte carcajada.

—¿Qué quieres de mí? —susurró Aguilar, abatido.

El enmascarado no le respondió de buenas a primeras. Lo observó fijamente; después golpeó el suelo con su bastón y volvió a reír.

—Tu amada se ha comportado como una verdadera zorra, con todas las de la ley, sí señor. No ha dudado en dar la vida por ti. Habría sido fantástica para nuestros planes... Lástima que haya sido tan imbécil. No aceptó mi propuesta, ¿sabes? Desdichada.

—¿Por qué has hecho todo esto? ¿Qué culpa tenía esta gente? ¿Qué culpa tenía ella?

—Te lo advertí.

—Eres un hijo de puta —afirmó, pronunciando cada sílaba con una rabia desbocada.

—Un hijo de puta con un objetivo fundamental. Si hubieses aceptado sin oponer resistencia, nada de esto habría sucedido, te lo aseguro.

A través de la máscara, Arturo pudo detectar en sus labios una sonrisa sarcástica.

—Pero elegiste sangre y fuego. Optaste por el pecado mortal que dará origen a nuestra aventura.

—¡Estás loco, hijo de la gran puta! ¡Loco!

Y en un arrebato, Arturo dejó que su ira se descontrolase y se dirigió hacia el enmascarado con los puños en alto.

—No estoy loco. ¡No estoy loco! —gritó el homicida, fuera de sí.

Arturo se detuvo cuando sintió el olor de la pólvora quemada demasiado cerca de su rostro. Miró fijamente a su chantajista. Se encontraba frente a un psicópata que parecía conocerlo a la perfección y que se había liado a tiros en una calle repleta de personas, simplemente porque no había continuado con su juego. Suplicó cuando el enmascarado lo empujó fuertemente con su cayado, tirándolo al suelo:

—Por favor, ten piedad. Tengo un hijo... Por favor.

—Todos decís lo mismo.

—¿Qué quieres aparte de mi vida? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres! —gimoteó, con el rostro atravesado por la desesperación.

El individuo sonrió. Extendió el brazo para señalarle la enorme colgadura de terciopelo negro que alguien había colgado en la fachada del Banco de Valencia y en la que había escrita, con letras mayúsculas, una sola palabra: ANUBIS.

Después, observó detenidamente la expresión de terror de cada uno de los fallecidos que se encontraban en posturas dignas del mejor de los contorsionistas. Habían sido atravesados por las balas que marcarían a partir de aquel momento su destino y el de toda España. Con los labios curvados debido a la satisfacción, dictó sentencia:

—Demostrarle al mundo lo cruel que puede llegar a ser la creación más imperfecta de Dios.

PRIMERA PARTE

Irrupción

“Desgraciadamente hay en nosotros tanto pecado original que el mal nos parece atractivo. Destruir es más fácil y mucho más espectacular que crear”.

ANTHONY BURGESS, *La naranja mecánica*.

Los Oródea

22 de diciembre de 2018. Mansión Oródea, Madrid.

La Mansión de la familia Oródea se alzaba con distinción frente al parque de El Retiro de la ciudad de Madrid. Rivalizaban en majestuosidad y belleza, ambos mirándose frente a frente, desafiándose la una al otro, dejando a la vista de todo el mundo su huella en la historia.

El Retiro siempre sorprendía por su perfección más natural; la Mansión, en cambio, dejaba embelesados a aquellos que, tras visitar el parque, se topaban sin quererlo con su inmensa fachada neoclásica. Era una obra tan perfecta —ya no porque ostentara, con tal de dar envidia a su vecino de enfrente, una perfección más humana que natural— que parecía imposible que tal perfección se hubiese logrado con las manos del hombre.

Una gigantesca O dorada coronaba las grandes puertas de acceso a la residencia familiar. Tras ellas no había apenas rastro de vegetación, sino una gran plaza revestida de altas columnas, inspirada en la de San Pedro del Vaticano. La pureza del jardín blanco —como así se hacía llamar entre los habitantes de dicha casona— quedaba alterada por unos preciosos rosales, situados entre algunas de sus columnas.

Aquel era un día de tantos, uno más del recién estrenado invierno. La Navidad se olía ya en las calles de una Madrid que estaba a rebosar de gente, y los alrededores de la Mansión Oródea se hallaban infestados de luces navideñas y de una densa nieve que había hecho mella en la ciudad durante la jornada anterior. De hecho, continuaba nevando, aunque tenuemente; por eso, Javier Oródea, al salir del coche,

se abrochó el abrigo hasta arriba y se colocó el maletín sobre la cabeza para protegerse de los copos.

Javier no era una persona compleja; en realidad, le gustaba presumir de sencillez. Pese a que estaba a punto de cumplir los cuarenta y cuatro, se conservaba estupendamente. Ninguna cana atravesaba su cabello azabache, ninguna arruga se agarraba a su rostro, y sus ojos verdes estaban tan vivos como cuando deambulaba en la noche madrileña a sus dieciocho años. Ni siquiera la vista se le había atrofiado con el devenir del tiempo, ni siquiera se había hecho un esguince en toda su vida. Javier, además de ser sencillo, podía presumir también de tener una salud de hierro. Eso podía observarse en su presencia diaria en los medios de comunicación, en la fuerza de sus palabras, en la viveza de sus gestos y andares, y en la autoridad que emanaba su persona cuando tenía que sustituir a su padre en alguna labor de su gigantesco imperio. Un imperio levantado por sus antepasados con sudor y sangre, y que en el presente era conservado y engrandecido por su familia. Y es que, según la revista Forbes, la familia Oródea, dueña de un sinnúmero de empresas de todo tipo —muchas de ellas en el IBEX 35— era la más rica de toda Europa. Pese a ello, Javier se consideraba un hombre humilde. Al contrario que su padre, que con los años se había vuelto más acomodaticio, Javier detestaba que hicieran las cosas por él. Por eso mismo, jamás acudía al trabajo en el coche oficial ni permitía que alguno de los chóferes manejara el volante. Se creía autosuficiente para eso y para disponer de su casa a placer y no bajo las limitaciones que le ofrecía el servicio. Cuando quería un vaso de agua, bajaba a la cocina y no esperaba sentado en el sofá a que Martina o Ferrán acudiesen con la bandeja de plata, y por supuesto, nunca obligaba a sus criados a que lo vistiesen, como tenía por costumbre y capricho la mujer de su padre.

Aquel día hacía más frío de lo habitual, así que Javier no tardó en llamar al timbre, soltarle la gracia habitual al conserje y volverse a subir al coche para entrar en la plaza de la Mansión. Como si se tratara de una glorietta, rodeó la columnata hasta toparse con las puertas de la cochera subterránea.

Aunque por fuera la casa de los Oródea parecía pertenecer a épocas pasadas, por dentro la Mansión se caracterizaba por su modernidad y por la presencia de las nuevas tecnologías más avanzadas en cada uno de los diez pisos que componían el edificio. De hecho, para subir de la cochera al vestíbulo, Javier utilizó una especie de elevador muy silencioso y pequeño —que no un ascensor ordinario— marca de la casa.

Allí, de pie, y con el ceño fruncido, se encontraba su hermana Sara, esperándole. Lucía, como era habitual, uno de sus vestidos tan llamativos inspirados en la cerámica regionalista del sevillano barrio de Triana. Justo cuando se dispuso a saludarla, la joven le golpeó en el pecho con un grapado de hojas enrolladas.

—¿Se puede saber qué es esto? —inquirió su hermana, mientras le extendía las hojas con las que lo había golpeado.

Javier quedó desconcertado. Su hermana no se enfadaba a menudo. En realidad, era la más dulce de la familia y la que tenía menos carácter. Desenrolló los papeles y examinó su contenido: se trataba de una copia de la maqueta del número especial de *El Imparcial*, el periódico de los Oródea, en la que los redactores pincelaban junto a los jefes de sección sus respectivas páginas.

—Una exclusiva. Eso es lo que es —afirmó, con rotundidad.

—¡Por el amor de Dios, te creía más listo! ¿Acaso sabes en lo que te estás metiendo? ¿Acaso sabes en lo que nos estás metiendo a todos?

—Sé perfectamente qué estoy haciendo. Además, esto nos beneficia. Si la verdad sale a la luz, los perderemos de vista para siempre.

—Si papá hubiera estado aquí, no habrías movido ni un dedo en contra de ellos.

—¡Pero papá se fue y dejó en mis manos este periódico! ¡Confió en mí!

—¿Y a qué precio? En cuanto esto salga publicado sabes perfectamente que nos van a hundir. Al final nos salpicará.

—Los Castro ladran mucho, pero muerden poco.

—Papá no opina lo mismo. Y lo sabes.

—No quiero discutir contigo, Sara. El reportaje ya está escrito y saldrá publicado en el especial de Navidad. ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué voy a callarme? ¿Qué voy a ser partícipe de una mentira? ¿Quieres que eche mi carrera por la borda, que abandone mis principios y deje de ser quién soy?

—¡Yo siempre quise que fueras un buen periodista! ¡Siempre te he apoyado! ¡Pero esto nos va a traer consecuencias muy graves! A veces... A veces hay que elegir entre serle fiel a tus principios, o serle fiel a tu familia.

—A veces hay que elegir entre decir la verdad o decir una mentira.

Javier tiró las páginas al suelo y se fue, indignado. No quería discutir más. Bastantes problemas habían tenido durante los tres meses que había durado la investigación para que ahora viniese la mimada de su hermana y le amargase su victoria.

Se dirigió a las escaleras principales, y justo en el tercer piso, rumbo a su habitación, se cruzó con su criada de confianza:

—Señor, la comida ya está lista.

—Gracias, Martina. Enseguida voy.

Había sido un día agotador y tenía mucha hambre, así que se apresuró en dejar el maletín, el abrigo y los guantes en su cuarto y se dirigió velozmente hasta el comedor del segundo piso. Allí se encontraba ya Verónica, su mujer, y el novio de su hermana Sara:

—Vaya sorpresa, Daniel. Sara no me ha dicho que venías a comer.

—Al final he podido hacer un hueco.

—Lo dices como si estuvieras tremendamente ocupado —comentó Verónica, en tono irónico.

—Hoy he tenido un día complicado —justificó Daniel, algo avergonzado. Inmediatamente, se llevó las uñas a la boca, en su afán inconsciente de hacer frente a aquel encuentro familiar que le resultaba tan incómodo.

—Seguro que sí. Bueno, me alegra que hayas podido hacer ese hueco.

Javier cambió de tema.

—¿Qué tal el día, cariño? —preguntó mientras besaba a su mujer en la mejilla y se sentaba a su lado.

Verónica era de la misma edad que su marido y al igual que él, aparentaba menos de cuarenta años. Pelirroja natural y de buen ver, fue ella la que cayó en las redes de Javier cuando eran jóvenes y no al revés, como la gente creía. No obstante, tanta perfección por fuera ocultaba cierto desequilibrio por dentro; y es que Verónica, con esos ojos azules tan seductores con los que engatusaba a cualquiera, tenía sus defectos, como todo el mundo. Unos defectos que se veían reflejados sobre todo en un carácter demasiado fuerte y en algunas manías excesivamente irritantes, como su exagerado perfeccionismo o sus celos incontrolables. Y aunque con Javier era más permisiva, a su hija la tenía completamente amargada por culpa de sus exigencias.

—Tranquilo y apacible —respondió la mujer, mientras ordenaba los cubiertos en función de su tamaño, saltándose el protocolo.

—¿Y Alejandra? —preguntó Javier.

—En su cuarto, como siempre. Hace quince minutos que Martina la avisó para comer. Esta niña es un imposible. A veces pienso que solo quiere hacerme rabiar.

—No digas tonterías, mujer. Es la edad.

—Cuando yo tenía veinte años les tenía más respeto a mis padres.

—Cuando tenías la misma edad de Alejandra empezaste a salir conmigo, a escondidas de ellos.

—Eres demasiado sobreprotector con ella.

—Y por eso me adora.

Verónica resopló, contrariada. No le gustaba ni un pelo que Javier mimase tanto a su hija y que nunca le echase cosas en cara o la corrigiera.

—Deberías ser más severo con ella, hermano. Te torea.

Javier levantó la cabeza y vio como Sara entraba en el comedor y se sentaba al lado de su novio. Javier iba a replicarle, cuando un grupo de camareros, dirigido por Martina, entró en el comedor.

—¿Cuándo piensa bajar tu hija? Se le va a enfriar la comida —dijo Verónica, bastante nerviosa.

—Ya bajará. Con lo golosa que es, no creo que se quede sin comer.

Les sirvieron la comida rápidamente y después, tras una señal de Martina, el servicio los dejó a solas para que disfrutaran de mayor intimidad, como tenían por costumbre.

Alejandra no aparecía y pese al disgusto de su madre, empezaron a comer sin ella ya que eran casi las dos y media. No era nada raro que la chiquilla se retrasara. De hecho, su madre estaba ya harta del “Ya voy” que repetía su hija incansablemente antes de bajar al comedor.

Estuvieron en silencio durante un buen rato, mientras acababan con los entrantes. Se palpaba en el ambiente algo de incomodidad y tensión, cosa impropia de una familia tan unida como los Oródea. Javier y su hermana ni se miraban, cada uno iba a la suya, solo pendientes de su tenedor y cuchillo y de sus respectivas parejas. Finalmente, Sara rompió el hielo:

—Como se nota que papá no está. Era el alma de la fiesta.

—Al menos se ha llevado a esa arpía de aquí. Qué lástima que regresen tan pronto.

—Verónica, contrólate. Estás hablando de la mujer de mi padre.

—Ay, Javier, ni que fuera tu madre. Ya sabes que no nos llevamos muy bien.

—¿Y quién se lleva bien con ella? —preguntó Sara, con una sonrisa.

—Supongo que papá. Aunque no sé cómo la aguanta.

—Y tu hija, desde luego —indicó la Oródea—. La quiere con locura.

—En esta casa se respira paz desde que se fue a resolver esos asuntos que según ella “no admitían demora” —recalcó Verónica en tono burlón, provocando la risa de los dos hermanos.

Como de costumbre, el novio de su hermana se mantenía al margen de la conversación. De hecho, había vuelto a morderse las uñas, nervioso. Javier no pudo evitarlo y le lanzó una mirada cargada de desdén. Daniel Saavedra era un hombre muy inseguro. Nunca había destacado en nada ni había conseguido estar por encima de nadie. Ni siquiera era guapo: alto, enclenque, con un color de pelo que no sabía ni él si tiraba más a rubio o a castaño, gafas ovaladas casi siempre colocadas en la punta de una nariz bastante prominente, y un rostro amenazante que sonreía muy pocas veces. ¿Qué habría visto Sara en él? ¿En un tío feo, en un mindundi, en un simple pintor que dedicaba las horas muertas a dibujar día tras día el mismo lugar del parque de El Retiro?

El primogénito de los Oródea había hecho verdaderos esfuerzos por entender aquella relación y, sobre todo, por entenderlo a él. Quiso darle una oportunidad. Quiso conocerlo más, y cuando lo hizo, lo caló enseguida. Sara estaba cegada. Su pasado tormentoso y su dependencia enfermiza hacia los hombres y los romances de cuento de hadas la habían empujado a iniciar una relación con un don nadie que había visto en ella la oportunidad de su vida. Su hermana era una joven de veintiocho años, una muñequita de bellas facciones, de pelo castaño hasta los hombros, ojos verdes y una sonrisa enorme con la que estaba dispuesta a comerse el mundo. Para más inri, compartía una misma pasión con Daniel: dibujar, aunque cada uno en una dimensión distinta. Ella era una diseñadora de renombre y él un simple dibujante que no llegaba a fin de mes... al menos, hasta que sus caminos se encontraron. Sara era una mujer maravillosa, dulce, cariñosa, amable y comprensiva; pero, sobre todo, era una Oródea.

—Bueno, hermanito. ¿Ya le has contado a Verónica qué acontecimiento va a ser portada del número navideño de El Imparcial?

Javier casi se atragantó con el vino. Miró a su hermana muy seriamente, casi sin pestañear. Pensaba que ya se le habría pasado el berrinche y jamás se hubiera esperado de ella un ataque de aquel calibre. No estaba en su naturaleza.

—Vaya, así que aún no se lo has dicho. No, claro que no. Querías que lo descubriese ella por sí sola. A lo mejor tiene algo que decir.

—¿Qué pasa, Javier? —preguntó Verónica.

Javier se mantuvo en silencio, sin apartar la mirada de su hermana. Estaba furioso y pese a eso, intentó mantener la calma.

—¡Que qué está pasando, Javier! ¡Contéstame! —Verónica dio un ligero golpe en la mesa. Después, miró fijamente los cubiertos que

había utilizado durante la comida y tras tomar aire, volvió a colocarlos ordenadamente, de menor a mayor tamaño.

—Nada de lo que preocuparse, tranquila. Sara está exagerando.

—¿Qué yo estoy exagerando? ¿Sabes qué pretende hacer tu marido? ¡Echarnos a los leones!

—¡Ya basta, Sara!

—¡No pienso callarme! Tu mujer tiene que saberlo. A mí no me harás caso, pero a ella seguro que la escucharás.

—Javier, por favor, dime qué pasa con el periódico. Me estáis asustando.

Javier suspiró. Tarde o temprano iba a enterarse.

—Llevamos varios meses tras la pista de un fraude que implica a la familia Castro. Dentro de tres días, Fernando protagonizará la portada del número especial por el XXV Aniversario.

—¿Qué has hecho, Javier? —Verónica clavó sus ojos en los de su marido. No podía creer que fuera tan estúpido. Hasta el labio inferior le temblaba, de puro nerviosismo—. Si haces eso les vas a declarar la guerra. Los Castro tienen tanto poder como tu familia. ¿Acaso crees que Fernando o su mujer van a ir a la cárcel?

—La ley es implacable e igual para todos, sea uno un Castro o no lo sea —afirmó Javier.

—Si es igual de implacable con ellos como con esta familia, seguro que Fernando se pasará del brazo de su mujer dentro de unos meses como si no hubiera pasado nada.

Javier abrió los ojos, sorprendido. Desde luego, su mujer había hecho honor a su nombre. Se acababa de marcar una verónica magistral, cual torero lidiando en la plaza.

—Tengamos la fiesta en paz, por favor.

—Tiene razón, hermano. Los Castro se saldrán de rositas y después se vengarán de nosotros.

—¡Que lo intenten! ¡Los estaré esperando!

—¡A lo mejor papá no quiere esperarlos! ¡Si esa noticia sale publicada no solo te comprometes tú, sino que nos comprometes a todos! ¡Papá nunca pondría en peligro a esta familia! ¡Nunca te lo perdonará!

—¡Ahora que habíamos conseguido algo de paz! ¡Javier, escúchame!

—¡No tengo nada que escuchar! La decisión está tomada.

—¡Javier, por Dios! ¡Alejandra está saliendo con el hijo de Fernando! ¡Hemos conseguido una tregua con ellos gracias a nuestra hija! ¡No la echés a perder!

—¡Los Castro tienen que pagar! ¡Por su delito y por todo el daño que le han hecho a esta familia!

—¿Papá? ¿Qué pasa con los Castro?

Javier no se había dado cuenta de que su hija Alejandra llevaba un buen rato en la puerta escuchando la discusión. De haberlo sabido, se habría contenido al hablar de los Castro para no ofenderla. Sabía que últimamente estaba bastante apegada a esa familia, y aunque no le hacía ni pizca de gracia que su única hija estuviese confraternizando con el enemigo, su padre le había asegurado que era lo correcto. Y él confiaba en su padre. Así que había dejado que su hija se viese con Álvaro Castro, porque, al fin y al cabo, no parecía mal chico y su relación con su hija acabó beneficiando a toda la familia.

No era un secreto la animadversión que Javier sentía por Fernando. El odio entre los Oródea y los Castro se perdía en el tiempo: eran dos familias tan antiguas como poderosas, ambas renacidas de sus cenizas tras una caída larga y dolorosa, dueñas de un complejo empresarial inmenso y ambas llenas de rencor y envidia por una riña del pasado de la que ni ellos mismos se acordaban.

Alejandra, su única hija, su niña del alma. Javier y Verónica habían sido afortunados al tenerla. Para Javier su hija era perfecta en todos los sentidos, no tenía ningún tipo de queja sobre ella, sobre su comportamiento o sobre sus estudios. Para Verónica, sin embargo, tal perfección no existía, pues le detectaba defectos constantemente, buscando que su hija fuese aún más perfecta de lo que su padre afirmaba que era, por lo que muchas veces conseguía agobiarla, arrancándole un gesto de esa rebeldía tan natural en ella y que tan a menudo se enfrentaba a la ira de su madre. Siempre le recordaba lo que hacía mal y Alejandra siempre le reprochaba lo mala madre que era, para después refugiarse en los brazos de su padre.

Era imposible no caer rendido ante ella, tan mayor ya, pero a la vez tan pequeña; con ese pelo castaño tan rubio y brillante y con esos ojos verdes idénticos a los suyos.. Y con esos mismos ojos con los que acostumbraba a embrujarle, Alejandra miraba a su padre, fijamente, esperando una respuesta.

Javier se rindió. A ella sí que no podía mentirle.

—Alejandra, siéntate y come algo. La sopa se está enfriando.

—Pero, papá...

—Y mientras comes, te lo cuento todo. ¿Te parece bien?

Alejandra dio su brazo a torcer y se sentó en la mesa, frente a

su padre. No obstante, no probó bocado hasta que Javier se decidió a iniciar su relato:

—Verás, hija...

—Esto no tiene nada que ver con Álvaro, ¿verdad? —murmuró Alejandra, con la voz acongojada.

—¡Claro que no! Alejandra, mírame. Los padres de Álvaro han estafado a miles de personas. Su industria farmacéutica ha distribuido unas pastillas durante más de dos años que en principio se recetaban para reducir el colesterol. En realidad, era una farsa con fines lucrativos. Ese fármaco no reduce el colesterol, sino que lo duplica, aumentando considerablemente en los pacientes la posibilidad de sufrir ataques cardíacos y cerebrales. El Fluvitor es una bomba de relojería. Si no detenemos a los Castro, seguirán vendiéndolo como si nada.

—¿Irán a la cárcel?

Javier suspiró: Alejandra, pálida y sin poder despegar sus ojos de los de su padre, se encontraba en realidad ausente, viajando sobre una nube y buceando entre los cientos de pensamientos que se agolpaban en su cabeza. Ella comprendía la gravedad del asunto, pero sentía como un dolor intenso atravesaba su pecho, un dolor inevitable, pues le había cogido cariño a la familia Castro en los últimos meses.

—Lo siento mucho, Alejandra. Pero un delito de tal magnitud...

—Javier, deja de asustar a la niña con tus quimeras —soltó Verónica de sopetón, harta de las palabras de su marido.

Javier gruñó, con contrariedad, pero su mujer lo ignoró:

—Ellos nunca irán a la cárcel. En este país los corruptos siempre salen indemnes. Los Castro podrían ser capaces de echar por tierra tu investigación, podrían tirar de cualquier cabo suelto, de cualquier punto débil, y desarmarla en un momento. Javier, por favor te lo pido. Vuelve al mundo real y asume de una maldita vez que los buenos nunca ganan.

—¡No tienes ni idea del tiempo que llevamos recopilando pruebas para escribir ese artículo! ¡Nunca ves la esperanza, Verónica! ¡Nunca!

—¡Hermano, basta ya!

—¿Y sabes qué? ¡Por eso nunca serás feliz! ¡Porque te rindes a esa amargura que al final acaba por asfixiarnos a todos! ¡No tienes ni idea de las pruebas que tenemos! ¡No tienes ni puta idea porque ni siquiera te has leído el artículo de Soledad!

Javier cerró la boca de golpe. Acababa de meter la pata hasta el fondo. Y cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde. Miró a su mujer y casi retrocedió por inercia al enfrentar sus ojos verdes a los acristala-

dos de ella: húmedos por las lágrimas que estaba conteniendo, enrojecidos y disparando lengüetazos de fuego por culpa de la ira que acababa de invadir el corazón de una Verónica dolida y furiosa.

—¿Qué pinta la puta de Soledad aquí? ¿Qué pasa? La prefieres a ella, ¿no es eso? ¡Lo sabía! ¡Desde hace meses! ¡Te ha engatusado, admítelo! ¡Esa zorra hija de la gran puta!

—¡No consiento que le faltes al respeto de esa forma! —Javier se levantó y golpeó con fuerza la mesa—. ¡Ni siquiera tienes razones para enfadarte porque no hay nada entre nosotros!

—Mentira, mentira, mentira... ¡Mentira!

Verónica, fuera de sí, tiró al suelo copas y platos, y arrancó a llorar desconsoladamente, mientras se acercaba a su marido para golpearlo en el pecho.

—¡Mamá, tranquilízate, por favor! ¡Mamá!

Alejandra agarró a su madre del brazo y la zarandeó para que volviera en sí.

—¡Siempre tengo yo la culpa! ¡Siempre!

—Verónica, ya está bien. ¡Soledad y yo solo somos compañeros de trabajo! ¡A la que quiero es a ti, maldita sea! ¿Cómo he de decírtelo?

—¡Vete a la mierda!

Verónica se fue del comedor sin mirar atrás, dejando a Javier —que había intentado detenerla— con un brazo levantado y cara de estúpido; y a Sara y a Daniel, que habían estado observando la escena en silencio, completamente blancos.

Alejandra marchó tras su madre, gritando su nombre y con el estómago prácticamente vacío. Javier volvió a sentarse. Con la mirada perdida, se rellenó la copa de vino, se la bebió de un trago y después se quedó unos minutos observando la puerta por la que había desaparecido su mujer, sin articular palabra.

Sara se comunicó con Daniel a través de la mirada. No sabía cómo consolar a su hermano y tampoco sabía si era el momento oportuno para decirle que...

—Sara y yo queríamos comentarte una cosa.

Sara miró a su novio, incrédula. Le sorprendió la frialdad con la que se había entrometido en la mirada perdida de su hermano. Daniel no era muy atrevido, más todo lo contrario: su timidez le provocaba algunos silencios indestructibles, como el que había conservado durante toda la comida. La joven agarró al pintor de la mano.

El periodista le respondió con los ojos posados en la puerta:

—Vosotros diréis.

Sara sabía que no era el momento de anunciarlo. Sin embargo, la inesperada valentía de su novio la empujó a hacerlo.

—Queremos... Bueno, quiero que Daniel se venga a vivir con nosotros. Quiero que sea uno más de esta familia.

Sara y Daniel se sonrieron mutuamente y se apretaron aún más las manos por debajo de la mesa.

Javier no fue capaz de experimentar la disconformidad que en otro momento habría sentido ante aquella precipitada decisión. Se levantó y se dirigió hacia la puerta:

—Como quieras, hermanita. Aunque ya sabes que papá siempre tiene la última palabra en esta casa.